Nota a esta edición:

Reproducimos *Espedicion del Jeneral Flores* publicada por Sarmiento en periódicos españoles en 1846 y editada en libro por primera vez en el tomo II de *Viajes en Europa, Africa i America* (1851).

No presenta diferencias con el texto editado en el tomo XXXIV de la Edición Nacional de las Obras Completas.

Hemos conservado la ortografía original.

El trabajo fue realizado conjuntamente por la Biblioteca del Bicentenario, de la Biblioteca Nacional Argentina, y el Proyecto Sarmiento.

Agradecemos al Sr. Andrés Tronquoy el cuidado puesto en la edición de esta obra.

Espedicion del Jeneral Flores

I.

Esto es hecho. La espedicion del jeneral Flores parte definitivamente; las órdenes para el embarco estan dadas, i las disposiciones que han de facilitarlo, tomadas i en vía de ejecucion. Los esfuerzos de la prensa no han sido parte a ilustrar la opinion pública sobre las consecuencias de una tentativa que, cualquiera que su éxito sea, va a levantar en América, justa o injustamente, un grito de alarma i de execracion contra la España. Los americanos son los hijos de los españoles en su odio a toda dominacion estranjera, en su constancia ciega para la resistencia, i en la adopcion de todos los medios posibles de triunfar. La guerra de la independencia ha dejado para la España tristes muestras de lo primero; las posteriores luchas de los partidos en América han justificado la verdad de lo demas. Gobierno ha habido que ha esterminado un partido entero, aunque se compusiese de sus propios compatriotas: ¿créese por ventura que un dia, irritados por la presencia de aventureros españoles, que amenazan volver a conquistarlos, esos gobiernos, apoyados en las pasiones populares, se abstengan de declarar fuera de la lei a todos los hijos de la Península?

Pero desgraciadamente la España de hoi, convulsionada por el espacio de tantos años, sin tradiciones de política esterior que no ha tenido desde los tiempos de su decadencia, i sin verdadero conocimiento del estado actual de la América, se ha dejado alucinar por las facilidades ofrecidas para el triunfo de esa espedicion. El gobierno español, que se escuda en las ficciones constitucionales para permitir a sus soldados tomar parte en un ataque dirijido contra Estados amigos, se olvida de que el gobierno de la Francia, constitucional tambien, ha encerrado ayer en la fortaleza de Blaye todos los jenerales carlistas que podían intentar turbar la tranquilidad de la España. Allí la prision es una medida preventiva, sin intento conocido siquiera de delito. En España, no solo el jeneral Flores no ha sido preso, ni encontrado obstáculos, sino que la prensa i la opinion han acusado al gobierno de favorecer sus designios. De cualquier modo, si el gobierno español no ha contribuido a esta tentativa, el sentido comun lo acusará de imprevision, i la América de mala voluntad hácia ella. El jeneral Flores ha concebido en España la idea de su proyectada espedicion, i no son sin duda los obstáculos que la política española le ha hecho preveer de antemano, lo que ha debido arredrarlo de aventurar capitales en empresa tan quijotesca.

Por otra parte el incentivo de un porvenir asegurado de ascensos i de gloria, han podido influir poderosamente en el espíritu de esa porcion de oficiales españoles que van a derramar su sangre en una empresa de flibusteros. Las masas que llenan los cuadros de la espedicion, se dejan fácilmente conducir en España por la faina tradicional de las riquezas americanas. Créese jeneralniente que el Perú es el Perú proverbial, el Perú de los Incas, que

median los montones de oro por la altura a que podían alcanzar sus brazos. Unos i otros ceden con demasiada lijereza a los instintos valerosos i aventureros propios de la raza española. "Dos mil veteranos españoles "dicen" valen tanto, como cuatro mil criollos; nada podrá resistirnos."Olvídanse que los criollos son españoles tambien, i que ya lo han probado, i esto en un tiempo en que las artes de la guerra eran nuevas para ellos, i en que tenían que habérselas contra los viejos tercios que habian abatido el orgullo de las águilas imperiales de Napoleón. Los americanos ménos cuentan con su valor en una batalla campal, que con las dificultades que el clima, los desiertos i las peculiaridades del pais oponen en una larga. campaña. Los valientes que acompañan al jeneral Flores pueden prometerse un fácil triunfo al poner las plantas en el suelo americano, como los franceses en Argel en 1830; pero las dificultades principian ahí. Es preciso ocupar el pais, vencer las resistencias, abrir una campaña, atravesar bosques i ciénagos; i no hai valor que se tenga contra las tercianas, enfermedad endémica de aquellos climas tórridos, contra la fiebre amarilla, que ha diezmado la poblacion de Guayaquil durante tres años, contra la consuncion que la menor fatiga, que una mala noche, pasada a la intemperie, trae inevitablemente para las constituciones europeas.

Si la Francia ha podido mantener su dominacion en Africa hasta hoi, no ha sido sino a fuerza de millones gastados para sostenerla; a fuerza de reforzar cada año con un nuevo ejército, el ejército inutilizado por las enfermedades. Quince años de lucha con algunos miles de bárbaros, han traído por resultado para la Francia, la reunion en Africa de ciento veinte mil soldados franceses; i un budjet de guerra de veinte millones de francos anuales, todo para resolver el problema, incierto todavia, de la ocupacion definitiva de Argel.

¿Cuentan los compañeros del jeneral Flores, con ser apoyados por sus compatriotas, cuando sus filas hayan sido raleadas por las fiebres, los combates i la muerte? ¿La España puede mandar 20,000 hombres fuera de la Península, i votar 20 millones para el sosten de la guerra americana? Harto hará la España en curar sus propias heridas, en poblar sus desiertos, abrir caminos que la den vida, fomentar su agricultura decaída, introducir del estranjero la industria que no posee! Harto! sí, en medio de la division de sus nacionales, en el descrédito de todo gobierno, en la falta de toda tradicion útil puede salir del marasmo en que la han sepultado tres siglos de despotismo, tres siglos de inaccion de espíritu!

Pero no es mí ánimo ocuparme de la España. Supongo que los compañeros del jeneral Flores, llenos de ardor, seguros del triunfo porque cuentan con su propio valor, dicen adios a las playas españolas, que vivos o muertos en América, no volverán a ver jamas. Sigámoslos en su travesía de mar; véamoslos llegar a aquel nuevo mundo, que fué siempre el sueño dorado de los españoles, i la causa de su decadencia. ¿La espedicion, consultando la brevedad, se dirijirá por el Istmo de Panamá. Supongo que tomarán tierra no obstante las resistencias posibles que contra ello deben encontrar. El Itsmo es mui estrecho en la carta jeográfica; pero al atravesar a pié sus bosques infestados de insectos venenosos, al ascender sus elevaciones bajo el sol de la zona torrida, se comprende mui tarde todos los obstáculos que arredran aun al viajero rodeado de comodidades. El Itsmo de Panamá i los paises circunvecinos son la patria de la *fiebre amarilla,* este azote

que diezma a los europeos en el Ecuador de la América. Solo la division del coronel Rodil (hoi jeneral) ha pasado por el Itsmo de Panamá en los tiempos de la guerra de la independencia americana. Pena de la vida tenia el soldado que cojia una fruta de los árboles desconocidos que cubren la tierra a fín de que no se envenenasen, pena de la vida al soldado que exhausto de fatigas i abrasado de sed bebiere agua en un arroyo, a fin de no escitar la fiebre; pena de la vida, en fin, al que, devorado por las picaduras de los insectos, se rascase la herida, a fin de que no se convirtiese en una llaga i se declarase el cáncer. A pesar de todas estas precauciones que eran un verdadero martirio, el jeneral Rodil podrá decir cuántos soldados perdió a causa de las enfermedades. De diez cónsules ingleses establecidos en el Itsmo en estos últimos veinte años, ocho han muerto víctimas del clima; i es frecuente en los buques anclados en Panamá, declararse repentinamente la peste, morir la mitad de la tripulacion al dia siguiente, i podrirse los cadáveres abordo, porque los moribundos que quedan aun con vida no tienen fuerzas ni valor para arrojarlos al agua. En 1835 veíase un buque ingles anclado por mas de un mes i desierto, porque nadie se atrevia a acercarse a aquel centro de infeccion pestífera.

Bien sabe el jeneral Flores lo que aguarda en el Itsmo a los hombres que van tras promesas que nunca se cumplirán; i por eso se les hace creer que atravesará por Venezuela i Nueva-Granada, como si ménos riesgos hubiesen en una travesía de 160 leguas que en otra de ménos estension, pero bajo el mismo clima matador. Otras veces se asegura que la espedicion va por el estrecho de Magallanes, que parece al jeneral Flores (que, no lo ha atravesado nunca) un camino fácil i seguro para llegar en cuatro dias a su ínsula Barataria.

De cuatro a cinco mil leguas de navegacion hai que hacer de España al Ecuador por esta parte. Cinco o seis meses de mar, con las provisiones que una empresa mercantil puede proporcionar al soldado. La España mandó rarísimas espediciones por esta via, por los costos inmensos que demandaban i por los peligros inevitables que las acompañan. Los gobiernos ingles i frances, que en sus buques de guerra mandan tropas al Pacífico, no solo emplean todos los medios que su inmenso poder les dá para asegurar la conservacion de sus buques en medio de las tempestades frecuentes en los mares del Sud, sino que cuidadosos de la vida de sus súbditos, llevan ganado en pié, i jardines en que cultivan legumbres, a fin de que no se declare el escorbuto, inevitable en las largas navegaciones. ¡Podrá el jeneral Flores, en buques mercantes, fletados a tanto por cabeza, tomar estas prolijas precauciones! Hace solo un año que no obstante todo el celo de la marina francesa, llegó a Rio Janeiro un buque de guerra con un batallon de vuelta de Othayti, en el que se había declarado el escorbuto, durante una navegacion de solo 70 dias, i los hospitales no bastaron para dar camas a centeneres de infelices soldados roidos i carcomidos por esta horrible enfermedad. En 1837 llegaron a Montevideo dos buques cargados de canarios; de trescientos que salieron de las canarias, el uno solamente conservaba vivos o moribundos ciento ochenta, i el otro mas feliz habia perdido sesenta i cinco. La poblacion de Montevideo pudo presenciar el triste espectáculo de hombres, al parecer en buena salud, i a quienes se les caian las carnes a pedazos al menor movimiento.

A estos i otros males estan sujetas todas esas espediciones aventuradas, en que la falta de inmensos recursos, de que solo un gobierno rico puede disponer, hace amontonar hombres en buques que no han sido construidos ex-profeso para trasportar tropas. Dejo a un lado todos los desastres que puede ocasionar una sola tempestad de las espantosas que por quince i veinte dias ajitan aquellos mares del Sud, terror de los marineros. Basta que un solo buque se pierda, para que haya que llorar la pérdida de una quinta parte de los espedicionarios. En cuanto al jeneral Flores, i principales jefes, no haya temor de que perezcan. El buque mas fuerte los pondrá a cubierto de las tempestades; abundantes i frescos alimentos les servirán de antídoto contra el escorbuto.

La espedicion mas o ménos disminuida, mas o ménos enferma, llegará por fin a las playas de Guayaquil. Supongamos que el ejército que despidió al jeneral Flores no sea capaz de oponer resistencia alguna; que en aquel pais no haya otro valiente, ni otro jeneral esperimentado mas que el jeneral Flores; que el Perú, Chile i los otros estados vecinos no hayan mandado sus continjentes para rechazar la invasion, como ya se tiene noticia que se preparan a hacerlo: supongamos, en fin, que se da una batalla i se apoderan de Guayaquil. Algunos centenares de hombres perecerán, porque no se vence sin combatir, aunque el número de víctimas de los vencidos sea siempre mayor que el de los vencedores.

El clima de Guayaquil es exactamente el del Ejipto, i pruébanlo mas que su posicion jeográfica los cocodrilos de que están cubiertos sus rios. El año de 1843 se declaro en aquella ciudad la *fiebre amarilla,* i de treinta mil habitantes que tenia perdió en ocho meses un tercio; ochocientos cadáveres se sepultaban todos los dias, segun la declaracion de las autoridades, i la enfermedad continuó sus estragos durante dos años consecutivos. Ahora, segun los papeles públicos, se ha calmado un tanto. Pero esto es para los nacidos allí; pues las enfermedades endémicas, como la peste en Ejipto, el vómito negro en las Antillas, la fiebre amarilla en Panamá i Guayaquil atacan a los estranjeros en toda época del año. La enfermedad propia de Guayaquil i de todos los paises circunvecinos, es la *terciana* o *fiebre intermitente,* llamada así porque el enfermo atacado de ella pasa repentinamente de un frio excesivo a un calor abrasador; un rato tirita como un azogado, i no bastan cobijas para calentarlo; otro suda arroyos i pide con desesperacion un vaso de agua, que si se tiene la imprudencia de acordarle, le dá la muerte infaliblemente. Estos ataques so repiten de dia en dia a la misma hora, no quedando de la enfermedad en los intérvalos otra señal que la disenteria de sangre que consume al paciente.

Esta enfermedad ataca sobre todo á los soldados en campaña, á causa de las malas noches, la humedad de los bosques, i la falta de comodidades. Cuando el ejército de Buenos-Aires invadió el Perú en 1822, los soldados que montaban guardia preparaban su cama antes de hacer centinela, porque estaban seguros de que al relevarlos debian estar ya atacados de las tercianas. En 1823, San-Martin, el jeneral en jefe de los ejércitos americanos, suspendió las hostilidades contra los jenerales españoles en el Perú, porque de doce mil hombres de que constaba su ejército al principio, habia quedado reducido á solo ocho mil, y de estos, cinco mil estaban en los hospitales, no

habiendo en cierta época segun se lo he oido á el mismo, tropa pronta á formar sino la suficiente para cubrir los puntos avanzados; y si Bolivar no hubiere venido con el ejército colombiano, compuesto de hombres del misino clima, capaces de resistir á las enfermedades, la guerra no se hubiera terminado, pues que las tropas españolas sufrian lo mismo que las de Buenos-Aires. Hai mas todavia: San-Martin mandó á las órdenes del jeneral Santa-Cruz, que esta actualmente en Madrid, una division de su ejército á Guyaquil, en ausilio de Sucre, jeneral de Bolivar; ambas divisiones vencieron a los españoles en Pichincha, con poca pérdida de su parte. Sin embargo de esto, la division mandada por Santa-Cruz perdió mas de la mitad de sus soldados atacados por las enfermedades. San-Martin reclamó de Bolivar que le reemplazase estas bajas, perdidas en su servicio, á lo que Bolivar se negó, lo cual orijinó las conferencias de Guyaquil i la separacion de San-Martin.

En prueba de ello consultense las memorias del jeneral Miller, inglés; el viaje del capitán Lalond, francés, i el del capitán Basilio Hall, de la marina inglesa, que hablan largamente de todas estas cosas, como testigos presenciales de los hechos que refieren. Cuando el ejército de Chile invadió el Perú en 1838 para atacará este mismo jeneral Santa-Cruz, tuvo durante dos meses en las inmediaciones de Huaura tira en los hospitales la mitad de sus soldados atacados por la disentería. En Madrid en poder del señor Seté, español de orijen, i coronel al servicio de Chile en aquella campaña, existen los estados de las bajas del ejército; i es opinion de todos los militares que si Santa-Cruz hubiese evitado un combate decisivo, dejando al clima hacer su oficio, dos meses mas tarde habría podido encargarse de la guardia de los hospitales en que se hallaria encerrado el ejército chileno. Todos los que traían al señor Seté, han podido oir de su boca los detalles de aquella campaña, en que el ejército entero estuvo por ocho dias comiendo maiz verde, i los oficiales mismos condenados a alimentarse de las patatas que se cultivan para los cerdos. Del ejército de ocho mil hombres de línea que mandó el gobierno de Chile, solo regresaron cuatro mil. Y esto que sucede en el Perú con los Americanos mismos del Sud, toma un carácter mas grave en Guayaquil i en todos los paises situados en el Ecuador.

Se ha persuadido á los ilusos espedicionarios, que al desembarcar en América encontrarán el apoyo de un partido Americano que vendrá á engrosar sus filas. El jeneral Flores cuenta con eso al ménos, aunque sea mui dudoso que el gobierno actual del Ecuador sea tan bisoño, que lo permita. La verdad es que el jeneral Flores solo cuenta con la espedicion para tomar tierra i principiar á hacer la guerra. Americanos vendran a reemplazar á los millares de espedicionarios que moriran de la fiebre-amarilla i las tercianas, i al fin de cuatro años de guerra con los ecuatorianos i los auxiliares de estos del Perú, de Chile, Bolivía, Nueva-Granada i demas gobiernos, que no querrán consentir en que una espedicion traida de Europa triunfe, los espedicionarios habrán perecido todos.

Este es el porvenir que aguarda á los españoles en América, i algun dia maldecirán la imprudencia que los lleva á fin tan desastroso. Cuando el gobierno francés ha tenido desavenencias con Méjico i Buenos-Aires, se ha contentado con poner bloqueos i destruir los fuertes, sin desembarcar jamás sus tropas,

porque saben que se necesitan sacrificar millares de hombres, para sostenerse en América, contra las enfermedades, contra los ejércitos, contra los bosques i los desiertos que es preciso atravesar, i contra los paisanos a caballo siempre armados del formidable *lazo* o las *bolas,* con las cuales amarran desde léjos, o prenden al soldado que se desvia un paso de la línea i lo llevan a la rastra, sin que haya poder humano que lo salve. Hace dos años que las fuerzas de la Inglaterra i la Francia reunidas, bloquean a Buenos-Aires, con 12 buques de vapor, veinte de vela i cien piezas de artillería, i no obstante contar con el ausilio de Montevideo, no se han atrevido a hacer un solo desembarco por no comprometerse en una guerra interminable; i algunos de sus oficiales tomados prisioneros, han sido degollados cruelmente, porque en América se apela a las mismas crueldades de que los carlistas españoles han dado tan horribles ejemplos. Cuando el jeneral español Morillo fusilaba o hacia colgar a los Americanos rebeldes, Bolivar le contestaba con fusilar de un solo golpe dos mil soldados españoles.-S. D.

II.

Un incidente singular ha venido a precipitar la marcha de la espedicion del jeneral Flores anticipándola de quince dias. Sábese que una parte de los aventureros enganchados debían reclutarse entre las masas irlandesas, reducidas a la desesperacion por la horrible carestía que ofrece hoi a aquel pais, i dispuestas por tanto a entrar por cualquiera propuesta que les ofrezca pan para no morir de hambre. En Irlanda, pues, habria el jeneral Flores hallado millares de soldados para arrojarlos en América a la voracidad de la fiebre amarilla i de las tercianas, a fin de que por muchos que sucumban, quedase algun repuesto en pie, para oponer a la metralla en los combates. Al efecto se habia recojido en Irlanda de entre las bandas de mendigos que recorren el pais en busca de alimentos, unos mil irlandeses, que so color de emigrados debian embarcarse para América. Los ajentes acreditados cerca del gabinete de San-James, del Perú, Chile i Venezuela, reunieron sus reclamaciones al gobierno ingles, contra una tentativa que va a turbar la paz de que afortunadamente gozaban las repúblicas situadas en las costas del Pacífico. Estas reclamaciones han sido atendidas, i segun instruye uno de ellos en carta que tenemos a la vista, las autoridades irlandesas han recibido órden de estorbar el embarque de los pretendidos emigrados, miéntras que los ajentes americanos quedaban activamente solicitando que se estorbase igualmente la salida de los vapores comprados o fletados para facilitar la empresa.

El depósito de carlistas con que se contaba en Francia ha sido como se sabe, disuelto; de manera que la espedicion se compone hoi esclusivamente de españoles, pesando a los ojos de los americanos solo contra la España la responsabilidad del atentado que contra aquellos paises pretende consumar el jeneral Flores. Aun en España misma, los oficiales de alguna importancia que

habian prestado oidos a las seductoras promesas i a los castillos de viento, se han retraido por un sentimiento de delicadeza, cuando han comprendido que se queria hacer servir su valor para designios injustificables; i el jeneral Flores, no creyendo dignos a los que le quedan de un puesto influyente, ha traido un oficial ingles para poner a la cabeza del estado mayor compuesto en su totalidad de españoles. La desunion i la mala inlelijencia empiezan ya a manifestarse entre los aventureros, como sucede siempre en estas empresas, en que faltando la autoridad i el prestijio del gobierno, cada uno se siente dispuesto a abrazar el partido que mas conviene a sus intereses particulares.

El jeneral Flores, para evitar la disolucion completa que prevee, ha dado órdenes de activar el embarque para aprisionar en las bodegas de los buques a los que en tierra podrian todavia retraerse de su desacordado empeño. El cielo parece conjurarse contra esta malhadada espedicion i la relacion de los desastres ocurridos en todos los mares vecinos, a causa de las tempestades del otoño, es un anuncio de las desgracias que aguardan por todas partes a este puñado de hombres seducidos.

La espedicion en su totalidad no se compone hoi de mas de 1,600 hombres. Flores comenzó por hacer alarde de una superabundancia ilimitada de recursos. Ocho vapores estaban comprados para facilitar la empresa; un millon de raciones; cuatro mil soldados de Francia, Inglaterra i España: las simpatías i la Cooperacion de loa gobiernos respectivos; las últimas invenciones en artillería i útiles de guerra. Pero la realidad es siempre ménos poética que las concepciones de la fantasía; todas aquellas cifras abultadas han ido disminuyendo poco a poco, dejando en esqueleto lo que era i debia de ser Una empresa mercantil para ir a usurpar un Estado; porque ninguna otra denominacion conviene a la tentativa del jeneral Flores, que ha reconocido solemnemente antes de salir del Ecuador la autoridad del gobierno que le sucedió, i celebrado con él el convenio por el cual le fué permitido venir a Europa a fin de que dejase de ser un obstáculo a la tranquilidad de aquellos paises.

Una grave cuestion se presenta, que para instruccion i seguridad de los compañeros del jeneral Flores, deseáramos que publicistas mas inteligentes que nosotros ventilasen previamente. La fortuna no siempre, como dice el proverbio latino, ayuda a los audaces; i la victoria suele abandonar por los caprichos de la suerte i las eventualidades de la guerra a los mas valientes. Un Blucher o un Wellington han vencido a un Napoleon, aunque este tuviese en su apoyo la guardia imperial. Suponemos que los dilatados mares que la espedicion ha de atravesar, el golfo de Gascuña, temible en el otoño, el Atlántico en toda su estension, los mares del Sur, el Pacífico, en fin, se mantengan quietos i tranquilos para que los fleteados bajeles pasen: que la fiebre amarilla se aleje en presencia de los espedicionarios, i que el jeneral Flores dé a sus soldados un talisman, o alguna droga para preservarse de las tercianas. Pero admitamos lo que es posible; una derrota en que veinte o treinta o la mayor parte de los oficiales españoles caigan prisioneros. Supongamos reunido un tribunal ecuatoriano para juzgarlos i clasificarlos. Un ex-coronel español se presenta ante un tribunal; ¿con qué título? ¿Coronel de qué nacion, puesto que la

España no está en guerra con el Ecuador ni mandado ella tal espedicion? Aquel coronel, pues, ante un consejo de guerra americano es simplemente un individuo igual a un soldado raso. ¿Es un prisionero de guerra? Tampoco. Las leyes de la guerra que hacen escepcional i respetable la condicion de un prisionero, tienen su aplicacion entre nacion i nacion cuando se hacen buena guerra: un prisionero para llamarse tal, necesita pelear bajo el pabellon de una de las naciones de la tierra; i el jeneral Flores no es nacion, ni los españoles que lo acompañan están garantidos por el pabellon español, que han abandonado. ¿Será considerado como un rebelde? Pero ni aun eso. Mil españoles embarcados en la Península para ir a invadir un Estado americano i destruir su gobierno, no son rebeldes del pais que invaden, que no los reconoce por sus hijos, no tiene vínculo ninguno que lo lígue a ellos. Son una turba de estranjeros venidos de tierra lejana con pervertido i doloroso designio, i entre las leyes de Indias dictadas por la sabiduría del Consejo de Castilla e Indias para preservar las que entónces eran sus Américas de las tentativas frecuentes en el siglo XVI de bucaneros, flibusteros, piratas i otros espedicionarios que atacaban las colonias, hai algunas mui terminantes i esplícitas sobre la manera como ha de tratarse a los que sean sorprendidos en flagrante delito de atacar la seguridad de dichas colonias, de manera que los gobiernos americanos para atajar el mal que los amenaza i escarmentar a los que por primera vez han dado el ejemplo, que pueden imitar otros mas tarde, no necesitan de inventar leyes draconianas, bástales apelar a la lejislacion española, a las leyes de Indias, para escudarse contra el cargo de crueldad ni barbarie, i seria mui entraña cosa que en la primera vez que en nuestros tiempos hayan de aplicarse tales leyes, haya de ser contra los hijos de esos mismos españoles que las dictaron.

Porque seria méngua para la hidalguía española alegar de ignorancia i de engaño padecido. Buena puede parecer tal escusa en boca de soldados ignorantes i por lo comun imprevisores; pero un oficial español sabe que su patria no está en guerra con el Ecuador, i que Flores no tiene carácter alguno con que presentarse en las playas americanas, si no es el de empresario de conquistas, por no darle el único título que le conviene. ¿Con que títulos se ha presentado en Europa? Con el mismo que tendria un hombre que de regreso de la India dijese a los ociosos que quisieren escucharle. "¿Por ahí en el mundo existe un pais que se puede conquistar por un golpe de mano: con tantos hombres, tanto dinero i tantos buques se puede hacer la tentativa. Yo me encargo de conducirla, quién quiere acompañarme?" Hé aquí pues, la posicion de los espedicionarios, con esta circustancia agravante, que el pais que van a asaltar, las costas a que van a llegar, sus naves, como en tiempos antiguos lo hacian las hordas de sajones i normandos en Europa; es un estado cristiano reconocido por la España i todas las naciones del mundo civilizado, i fuerte ademas por sí solo i por la alianza de sus vecinos contra la disparatada empresa de conquistar un punto de América, para fundar una monarquía, o qué se yo cuál desatino ha pasado por la cabeza del atolondrado que ha sujerido o concebido este malhadado proyecto.

La alianza ofensiva de todos los Estados del Pacífico contra la espedicion del jeneral Flores, no solo es una consecuencia inevitable de la necesidad en que todos ellos se hallan de preservarse contra tentativas iguales que mañana puede

hacer el primero a quien le venga la gana de acometerlas, con tal que halle en Europa hombres sin destino, que no faltarán nunca; crédulos que sobran por todas partes, i dinero que alguien proporcione; sino que tambien es un resultado de los antecedentes del jeneral Flores, i de los hechos consignados en la historia de aquellos pueblos; i que queremos recordar aquí, para que se tengan en cuenta. De diez años a esta parte Bolivia, Chile, el Perú i el Ecuador han sido turbados por las tentativas de alzarse con el mando, hechas por los jenerales Flores i Santa-Cruz, paniaguados allá como se han mostrado aquí para prestarse apoyo mútuamente. Habiendo Santa-Cruz emprendido conquistar el Perú, cuando era presidente de Bolivia, Chile le declaró guerra, i con 8,000 hombres que mandó al Perú, lo derrotó en la batalla de Yungai i le forzó a refujiarse en Guayaquil, a la sombra del gobierno de su compañero. Desde allí estuvieron ambos durante cuatro años, urdiendo conspiraciones en Bolivia i en el Perú, i mandando espediciones armadas para derrocar el gobierno. La primera al mando del coronel Angulo fué batida i su jefe i sus principales oficiales fusilados en el acto de ser aprehendidos. El mismo éxito tuvo la que fué en seguida al mando del coronel Hercelles, a quien cupo la misma suerte que a su antecesor. Ultimamente cuando los dos ambiciosos creyeron haber asegurado el resultado de sus tramas, el jeneral Santa-Cruz con buques i auxilios suministrados por el jeneral Flores, se lanzó en persona sobre el Perú, a donde después de haber andado prófugo i sin hallar asilo que lo pusiese a cubierto de la persecucion activa que el ejercito peruano, compuesto de seis mil hombres, le hacia sin descanso, cayó miserablemente en poder de una partida. El gobierno de Chile, sabiendo la suerte que aguardaba a Santa-Cruz, envió uno de sus buques de guerra a pedir la persona del proscripto, del que se constituia depositario.

Por este tiempo el jeneral Flores disolvió de su propia autoridad la representacion nacional que le habia dado el mando, i anuló la Constitucion, declarándose soberano absoluto. Mientras tanto que sus compatriotas se preparaban para contener sus demasías, los gobiernos de Chile, Perú i Bolivia acordaban entre sí, a fin de sustraerlo a la accion de los tribunales de justicia, mandar a Santa-Cruz, en honroso destierro a Europa, preveyéndole generosamente los tres estados de abundantes medios de subsistencia. Entretanto el pueblo del Ecuador, cansado de tolerar la autoridad arbitraria del jeneral Flores, se alzó como un solo hombre i lo declaró depuesto del poder absoluto que habia usurpado. Ni un solo partidario encontró entre sus conciudadanos, aquel que momentos ántes se creyó dueño de vidas i haciendas. Apeló al ejército que habia sido hasta entónces su apoyo, i en el semblante de sus jefes pudo leer desde luego, que ni el recurso de encender la guerra civil en el seno de su patria le quedaba.

Entónces el jeneral Flores, rechazado de todas partes, sin simpatías en el ejército, se acojió a la buena fé i moderacion de sus enemigos, que solo querían conservar ilesas las instituciones que habia atropellado, i en el convenio de la Elvira, celebrado en junio de 1845, reconociendo la autoridad que le habia sustituido en el poder, i haciendo solemne dimision del mando, aceptó doscientos mil reales anuales que le ofrecían para que como su compañero Santa-Cruz, viniese a Europa mientras que el país se tranquilizaba. Lo demas de esta

escandalosa historia es de todos conocida. El jeneral Flores ha venido a España a conspirar de nuevo contra su patria, i no solo se prepara a invadirla i sumirla en los horrores de la guerra, sino que tambien le prepara lo que será para toda la América el oríjen de una nueva lucha tan sangrienta i obstinada como la de la independencia; un trono en que él, o príncipes europeos pretenderán sentarse; porque en la disyuntiva en que el jeneral Flores se ha colocado, un cadalso o un trono se alzarán en América. Si llega a apoderarse del pais, que ni aun lo ha visto nacer, porque no es ecuatoriano de oríjen, no seria jefe de él por aclamacion de sus compatriotas o de un partido nacional, sino por la gracia de los aventureros que lo acompañan; por el dinero que habrá gastado en la empresa. Este es un negocio como cualquiera otro; tantos hombres, tantos buques, tantos cañones empleados en la peregrina especulacion, producirán para el empresario un gobierno suyo, que podrá arrendar despues a otro, legar a sus hijos, o regalar a sus amigos.

Desgraciadamente la moral de los americanos es distinta de la del jeneral proscripto, i al aventurero que violando un tratado i abusando de la confianza de sus conciudadanos viene a Europa a recojer hombres para irlos a echar sobre su patria, darán un epíteto que la conciencia del jeneral Flores le debe estar repitiendo a cada rato. Los infelices instrumentos de semejantes aspiraciones sabrán mui a su pesar, al llegar a América, si Chile, el Perú i Bolivia, que han luchado diez años para desbaratar los proyectos de Flores i de Santa Cruz; que han gastado millones en equipar escuadras, i derramado a torrentes la sangre de sus ejércitos, permanecerán ahora frios espectadores de la tentativa mas escandalosa, mas subversiva, que ha presenciado la América desde los tiempos de Morgan i los bucaneros, que se echaban sobre Panamá i otras ciudades españolas. ¡Cuidado pues con las leyes de Indias sobre el tratamiento que se debe a los soldados que no pertenecen a nacion ninguna, i a los empresarios de conquistas *fáciles!*